

como si madre é hija fuesen, y la fama tiene la lengua mas aguda que cuchillo, y arde mas que fuego, y su decir es mas dulce que el canto de las sirenas, y es mas lijera que las ondas, y vuela mas que el tiempo; y luego que la mala y falsa nueva comienza á hablar, comienza la fama á volar, y á correr mas que saeta, y hiere las orejas de aquel á quien se endereza, y derrámase después por todas las cortes, villas y ciudades; y así aquestas dos pestilencias han conjurado contra mí; y habiendo prendido y ocupado tu ánimo, como malas y falsas acusadoras, no dejan ni consienten que mis verdaderas palabras puedan hallar en tus orejas entrada; y esto destruyen hoy día á muchos, porque si un falso con falsa acusacion acusa á uno delante de su señor ó delante de su príncipe, y trata mal dél, suele imprimir tanto aquella falsa y perversa acusacion, que aunque después el pobre acusado se quiera defender ó desculpar no le aprovecha, ni le vale, lo cual no es justo; mas antes sin razon, y no conviniente á las personas que lo dicen, y son dinos de gran culpa, y muestran poco ánimo; pues que piensan no valer con las personas que sirven sin decir mal de otras, con quien tienen odio y de quien tienen envidia; la cual es la peor cosa que en cualquier suerte de personas hallarse puede, y es destruccion de las honras, y causa que la virtud no sea honrada, ni los virtuosos favorecidos, ni los grandes vistos ni conocidos; y el mal es que la envidia roe y come á los ánimos de los envidiosos, como la polilla á los paños; y esta envidia reina á mas contra los grandes y en las casas grandes, destruyéndolas y despedazándolas, y poniéndolas en pleitos, discordias, trabajos, desventuras, y poco ó ningun reposo ni sosiego, y es causa de que muchos bajos suban, y otros de mayor suerte anden abatidos; porque la envidia sigue la naturaleza del sol, el cual escurece las cosas claras y resplandecientes, y hace resplandecer á las oscuras, y así la envidia, como dije, abaja las cosas grandes, y aclara y hace subir á las pequeñas. La envidia jamás mira derecho, sus dientes siempre están llenos de hollin, nunca rie sino cuando ve alguna mala fortuna á alguna persona noble y virtuosa; nunca duerme, mas siempre anda velando y pensando cómo pueda buscar mal á su vecino; y cuando ve que la fortuna favorece y se muestra favorable á alguno, de pesar se torna flaca y amarilla, y desama finalmente á todos los que ve subir. Y así yo creo bien que algun envidioso, porque nos vió valer y subir, por destruir esta nuestra casa y abajalla, porque le pesaba de la ver noble y grande, ha metido discordia y odio entre nosotros, lo cual tú no debias consentir, ni torcer la razon por dar orejas á falsos envidiosos, que con falsas nuevas quieren turbar tu ánimo y nuestro reposo y sosiego, que tener solíamos. Y dichas todas estas cosas, mi marido se comenzó de amansar, aunque no de todo; pero yo, disimulando, no curé de decir mas, y tenia muy grande pena por la prision de Clareo y por no poder cumplir mi deseo, y quejábame de mi ventura; pues me era tan contraria, que el cabo de un trabajo era comienzo de otro mayor.

En este tiempo que yo lloraba por Clareo, y Clareo por se ver preso, y Florisea por se ver sierva y cativa y seguida de mi marido, Amete tornó, y entrando adonde estaba, con alegre rostro, le comenzó de hablar y decir: «hermosa doncella: con razon te debes alegrar, pues que Tesiandro se muere por tí, y segun te ama y quiere, creo que sin duda te tomará por mujer, por lo cual te debes dejar de hacer llantos, antes recibir alegremente tan gran bien, considerando la condicion y cualidad de Tesiandro; y porque mejor lo sepas te la quiero contar. Tú sabrás, cuanto á lo primero, que aqueste es marido de Isea, en cuyo poder estás, porque pensándose que era muerto en la mar, ha venido vivo y sano; es de la mejor y mas noble casa desta ciudad, es el mas rico della, es gentil-hombre y de linda y agraciada conversacion, y sobre todo

manso y muy bien acondicionado, lo cual debe de ser agradable á toda mujer. Oidas todas estas cosas por Florisea, airadamente respondió: «¡oh hombre bruto y malvado! ¿Y hasta cuándo has de acabar en tu vano razonamiento? ¿Qué me importan á mí todas aquestas cosas que tú me dices, ó qué cuenta tengo yo con Tesiandro? Que si él es gentil-hombre, séalo para su mujer; si rico, para su casa y criados; si manso y magnánimo, séalo para quien tiene necesidad dél, que yo ninguna tengo, ni se me da que sea mas noble que Codro, ni mas rico que Creso, y por tanto no hay necesidad de que tú me lo loes, ni me cuentes sus gracias ni grandezas. ¿Sabes tú cuándo yo lo loaré? Cuando viere que no ofende á las mujeres, sino que las ampara, defiende y favorece; porque aqueste seria oficio de noble, y obra de hidalgo y de generoso hombre, principalmente siendo yo extranjera y lejos de mis padres y de todas las cosas que bien me quieren. Aquesto, si él lo hiciese, le loaria yo; por todas esotras cosas, lóceselas quien las ha menester, que á mí sola aquesta que digo me convendrá loar, y no otra.» A las cuales cosas respondió Amete: «cierto que tú debes de burlar.—Y aun para burlar estoy yo, respondió Florisea: ¡ay! por Dios, que me dejes, que mi desventura me basta, viéndome entre tantos trabajos, cercada de mis enemigos.—¿Enemigos llamas (dijo Amete) aquellos que te quieren y aconsejan lo que te conviene, y te dan marido, y te dan casa y te dan riqueza, y te dan que seas señora de quien agora eres sierva y esclava? Considera bien todas aquestas cosas y piensa el bien que se te apareja, y amansa tu ira y yo tornaré, y Tesiandro juntamente á te ver»; y con esto se fué y la dejó.

No dejando ella de llorar, y de su mal quejarse y de su poca ventura, y lamentándose decia, repitiendo las palabras muchas veces: «¡Oh Clareo, Clareo, Clareo! Y si sabes tú adonde agora me tiene mi desventura y gran fortuna, que á lo menos, yo no sé agora en qué parte tú estés, ni qué sea de tí, y así no sabiendo uno del otro vivimos triste y desventuradamente. ¡Oh cuántas cosas temo, y con razon, porque amor todo es temores y congojosos cuidados! Yo temo que Tesiandro, hallándose en su casa desposado con Isea, su mujer, te mataria á crudas puñaladas, y así acabarían tus días, y con ellos mi bien y mi descanso y toda mi gloria; porque aunque agora todas estas cosas me falten, tu vida era esperanza para en algun tiempo cobrallas. ¡Oh amigo querido y amado de mí, mas de lo que ninguna madre quiere, ni ama ningun hijo que mucho quiera! Y ¿qué haré yo, combatida con estos dolores, no pudiendo preguntar ni saber lo que ha sido de tí? Y así no te pudiendo hablar, muero porque todo me daña. ¡Oh dulce Clareo, marido de sola esta sin ventura Florisea, y con esto contento y fiel, y el mas constante, y mas casto que Narciso ni Hipólito, que no han bastado ruegos de Isea, riquezas, ni regalos para que tú hayas quebrado la fe que me tienes y te tendré! Y ¿es posible que habiendo yo salido de la mar y aportado á tierra, adonde verte pudiese, que ni te vea ni te hable, ni te abrace, ni en tus trabajos acompañar pueda, ni tan solamente decir: ¡oh amigo! y ¿cómo te va? Y ¡oh triste de mí! y ¿en quién hallaré consejo, ó quién me aconsejará, y qué responderé yo á Tesiandro, que me tiene aquí metida y presa y encerrada, el cual por ventura me querrá forzar, y no me valdrán mis lágrimas, ni tendré ningunas armas con que defenderme pueda? Pero dudosa conmigo, y metida entre tantas congojas, yo le quiero decir la verdad, y cómo mi nombre es Florisea y mi tierra Bisanzo, mis padres nobles y los principales de la tierra, y que mi padre se llama Helisandro, y mi madre Pithia, y que Clareo es mi marido; y que yo no me llamo Lacerna, ni soy de Tesalia, porque los cosarios que de Alejandria me robaron me pusieron este nombre, las cuales cosas, aunque no parezcan verdaderas, podría ser que me aprove-

chasen y moviesen á piedad, si para mí ha quedado alguna.»

CAPITULO XVI.

En el cual se cuentan las cosas que Tesiandro pasó con Florisea, y cómo hizo echar fama que era muerta.

Parece ser que, al tiempo que Florisea decia todas estas cosas, habian llegado á la puerta Amete y Tesiandro, y habian oido todas las quejas que Florisea decia; y acabando, Tesiandro dijo á Amete: «¿qué te parece de aquestas cosas y grandes quejas que aquesta doncella da?—No creo que sean verdaderas, ni que sea hija de Helisandro, porque es la mas principal persona de Bisanzo; pero pareceme que aqueste ladrón de su esposo sea algun nigromante, porque Florisea é Isea entrambas mueren por él.—Entremos (dijo Amete), que si esta te comienza de amar, no se le dará un clavo por Clareo; porque tu gentileza es tanta, que comenzándote de querer, se olvidará luego; que la nueva llama es causa que la primera se pierda, y todo lo presente se ame y desee. Con aquesto Tesiandro se esforzó, porque las cosas que dan esperanza de alcanzar lo deseado, muy fácilmente se creen, y así entraron dentro, y sentándose sosesadamente Tesiandro comenzó de mirar á Florisea, y parecióle muy mas hermosa que cuando el primer día la habia visto: cosa muy conocida, y esto por estar el amor, que es un olvido de la razon, señoreado sobre él, y el fuego criado y esparcido por todas las partes de su cuerpo. Y comenzó de hablar pocas palabras y mal entendidas; y de poca sustancia, porque así acontece á los amantes, cuando se hallan delante la persona que aman, que jamás aciertan á decir lo que sienten; porque quien sabe decir lo que sufre y la pena que pasa, no ama ni quiere, ni tiene mal. Basta que forme las palabras en su ánimo y muestre el dolor en su gesto.

Estando así, Tesiandro se quiso llegar á Florisea, queriendo tomar mas osadía y atrevimiento de lo que en su honestidad hallaba, y así, apartándose la pobre doncella, le dijo: «tú no haces obra ni oficio de noble, ni de buen caballero, en querer forzar una sin ventura extranjera, y querer contra su voluntad cumplir tus desenfrenados deseos, de lo cual te quiero desengañar, que aunque cierto supiese que me habias de echar á los tigres ó bravos leones que me despedazasen, yo no seria traidora á Clareo mi marido. Por tanto, no te canses en pensar que tu deseo habrá efeto ni se cumplirá. Abastarte debia la respuesta que á ese malvado di, que de mi parte te diese, las obras y costumbres del cual yo pienso que tú debes querer usar y seguir.» Aquestas palabras hicieron á Tesiandro salir cuasi de seso: tanto era el amor y la ira que ardian en su pecho.

Amor é ira son dos cosas que enseñorean el ánimo del hombre, y son muy contrarias y enemigas, y trabajan de vencerse la una á la otra, y cada una querría ser superior; y cuando se alcanza la cosa deseada vence el amor, pero cuando no, amor queda despreciado y reina la ira. Y si el amor va de vencida, la ira como mala y pérdida lo manda como á sierva, y no consiente paz entre los amantes, antes convierte el amor en odio como en muchos habemos visto. Lo cual avino á Tesiandro, que viendo que Florisea despreciaba su amor, perdida toda esperanza, entregóse á la ira, y hizola señora de sí; y así trabó de Florisea comenzándola de tratar mal, diciendo: «malvada sierva, llena de toda maldad, y ¿piensas tú que no entiendo yo tus obras y tus fingimientos, y no te hacia yo muy gran merced y favor en querer hablarte, siendo tú mi esclava y yo tu señor? Por lo cual, pues no me quisiste por marido, yo haré que me obedezcas como á señor.—Por cierto, Tesiandro, que como tú no toques á mi honra (respondió la doncella), que yo te sirva de rodillas, y no digo yo de esclava, pero de otra cosa mas baja, si mas se

T. III.

hallare; y bien sabe tu criado, que presente está, cuántos trabajos y cuántas fortunas he pasado y sufrido solo por conservar mi honra; y así tú puedes en mi persona probar todos cuantos géneros de tormento quisieres, que yo soy contenta de sufrillos todos, agora sean de fuego, agora de frio, agora de hambre, agora de sed, agora me atormenten con hierro, agora con duras sogas, que todo lo sufriré paciente y con alegre cara, sufriendo toda áspera manera de pena y de dolor.—Calla, calla, malvada mujer de un adúltero, dijo Tesiandro.—Tú tienes razon, respondió Florisea, de llamar adúltero á quien siendo casado justamente con tu mujer (pues se tenia por cierto que tú y yo éramos perdidos en la mar), y con todo esto jamás ha querido hacer cosa que no deba. Con mas causa te puedes llamar á tí, pues quieres forzar en tu casa una sin ventura doncella.—¿Doncella tú (dijo Tesiandro) habiendo andado entre cosarios? Por Dios que sí, sino si por ventura se tornaron eunucos ó filósofos.—Eso sabe bien tu siervo Amete, si la verdad decir quiere; baste que yo he estado entre cosarios, que de Alejandria me robaron y en poder dese tu gentil hombre; y con todo he conservado mi honra, de lo cual á mí se me seguirá mas gloria y fama que no á tí de quererme forzar; lo cual si tú perdistes la ira conocerias claramente ser así. Yo finalmente me determino de perder la vida por conservar mi honra; y por tanto traed hierros, traed azotes, traed fuegos, traed cadenas, traed sogas, y atormentadme desnuda y en carnes, y arrancad mis cabellos, sacad mis ojos, quebradme los dientes, cortadme las manos, y hartad en mi vuestra saña; que yo sola, desnuda y mujer traigo conmigo un tan fuerte escudo, que es la libertad, que no se puede combatir con armas, ni abrir con hierro, ni quemar con fuego, y así no la perderé jamás, porque, por mas que abraseis aquestas mis carnes, no hallareis fuego que de mí la pueda partir.»

Viendo Tesiandro la gran constancia de Florisea y lo poco que aprovechaban sus ruegos, acordó de buscar algun medio, por el cual sus deseos se cumpliesen, porque estando confuso, en cosa ninguna sabia ni podia determinarse. Parecióle pues fingir un cierto engaño, por el cual pensó que sus cosas se harian bien, y fué así: que buscó un extranjero, de quien confió, al cual hizo meter en la prision de Clareo, para que fingiese que Florisea habia sido muerta por mi mandato; lo cual hizo á fin que si Clareo quedase vivo, viendo que Florisea era muerta, se fuese y la dejase, y que así él podría gozar della, principalmente que, viendo que yo la habia mandado matar, me querría mal, y por no verme se iría. Y así habiendo por todas estas razones ordenado esta cautela, luego habló con el carcelero, que era grande su amigo, y le dió cuenta de todo lo que pasaba, el cual así por la amistad como por la buena paga aceptó lo que le rogó.

CAPITULO XVII.

En el cual se cuenta cómo habiendo entendido Clareo que Florisea era muerta, lo sintió tanto que, por desear la muerte, dijo en juicio que él la habia muerto, y de las mas cosas que sobre esto pasaron delante los gobernadores.

Entrado aquel mancebo en la prision, en la cual estaba Clareo, y dando grandes suspiros comenzó á decir: «¡oh sin ventura de nosotros! ¿En qué modo ó manera podremos vivir seguros; pues no basta ser buenos ni usar bondad ni virtud? Ciertamente que yo debí de nacer debajo de triste estrella. ¡Oh, quién fuera adevino por poder conocer el ánimo de aquel con quien ayer tomé compañía! Habiendo dicho todas estas cosas, los presos, deseosos de saber las penas ajenas, por consolar algo las suyas, le comenzaron á decir: «y di, triste mancebo, ¿qué desventura ha sido la tuya, porque tus lamentaciones y grandes suspiros muestran que por gran causa la fortuna te trujo á esta grave prision?» A lo cual el mancebo, después de

29

haber estado un poco, y los presos lo haber importunado, comenzó á decir: «ayer, yendo camino con un caminante que iba á Esmira, comenzamos á caminar los dos juntos, y venida la noche aportamos á un meson, y estando á la mesa aportaron cuatro hombres, los cuales comenzaron de comer mirándonos mucho y haciendo algunas señales. Las cuales cosas me turbaron grandemente pero no de suerte que yo sospechase cosa ninguna. Pero mi compañero, tornando amarillo, comenzó á temblar como que adivinase algún mal, y en esto trabaron de nosotros y nos ataron fuertemente con duras sogas, y luego mi compañero, sin ser preguntado, dijo: «yo maté á Lacerna por mandado de Isea, mujer de Tesiandro, por precio de cien ducados, los cuales tomad y dejadme ir.» Yo triste, que no nada sabia, pregunté qué cosa era aquella, y aquellos respondieron, aqueso: «Isea es una señora de las mas principales de aquesta ciudad, la cual se enamoró de un gentil mancebo, que es de Tiro, y por tener grandes celos desta Lacerna la mandó matar, porque era esposa de aquese de Tiro: quien la mató ha sido este hombre, y tú juntamente con él, pues vienes en su compañía; y diciendo estas palabras, nos comenzaron de atar y caminar con nosotros; pero, andando un poco delante del meson, tomaron los dineros del otro mi compañero y lo dejaron ir, y al triste de mí, que no tengo culpa, ni sé nada, ni conozco á su marido de Isea, ni á ella misma, ni á la difunta, ni á su esposo, me han traído á esta dura y amarga prision;» y con esto calló.

El triste Clareo, habiendo entendido tan triste nueva, quedó atónito, y faltándole suspiros que aliviásen su mal y lágrimas que descansasen su corazón, que reventarle queria, no sabia qué poder decir; y tornando algo en sí comenzó de preguntar á aquel preso, si sabia qué se habia hecho el cuerpo de aquella muerta doncella. Pero el preso no respondió nada, antes preguntádoselo algunas veces le dijo: «tú también debes de haber sido parte en esta muerte, pues tanto me importunas y preguntas; déjame, que no sé nada, y mi mal me basta.» Así Clareo, no respondiendo nada, comenzaron las lágrimas á correr, porque hallaron barco de salir fuera, y mostrar por los ojos el dolor del ánimo, y perdido con gran pena su sentimiento comenzó á decir: «¡con cuánta razon me puedo quejar de tí, ó fortuna, y de mi suerte, y de mis tristes hados, viendo cuán presto mi bien acabó y aquella mi gloria se pasó! ¡Oh triste y sin ventura! Y ¿para qué me mostró fortuna tan pequeño placer con tornar la vida á Florisea, pues que tan presto se la habia de tornar á pedir, dejándome á mí que solamente no tuve ventura de haber hartado mis ojos en mirar aquel su hermoso rostro? Ciertamente que tan breve placer semejante fué á breve y engañoso sueño. ¡Ay de mí! Florisea mía, y cuántas veces te ha matado para mí la muerte, porque jamás mis ojos dejen de llorar! Pero esta tu muerte de agora lloraré con mas razon que la pasada, porque en esta ninguna cosa me ha quedado con que me consuele, porque en la que pensaba que Menelao te habia dado, quedóme el cuerpo, aunque sin cabeza, al cual pude honrar y pude dar sepultura; pero agora sufro dos penas, una por el ánimo y otra por el cuerpo. ¡Oh cruel, oh malvada, oh traidora, oh matadora y sin fe ninguna, Isea! Y ¿por qué me mandaste matar las cosas que mas queria? Porque, si de mí tenias enojo, vengástele en mí, y no en quien no tenia culpa ninguna. ¡Oh cruel Medea, que si tú tuvieras piedad, amor ó temor de Dios, no hicieras tan gran crueldad, de la cual jamás tendrás ninguna disculpa!»

Pasadas todas estas cosas, yo habia avisado á Rosiano de la prision de Clareo, el cual yéndolo á ver lo halló en estas quejas, y llegando lo comenzó á confortar; pero Clareo le dijo, después de habelle contado el caso como pasaba, que él no se cansase, porque ningún consuelo

no le aprovechaba, y que supiese cierto que él determinaba de morir; y con todo, Rosiano le decia que no se quejase, que podría ser falsa aquella nueva, porque él habia entendido que Tesiandro, por consejo de Amete, trabajaba de alcanzar el amor de Florisea, y que podría ser que ellos fingiesen ser muerta. Clareo respondió que él la tenia por cierta; porque quien quiere bien, siempre teme los peligros mas graves que verdaderos, y dijo: «yo me quiero vengar de Isea, y vengar la muerte de Florisea, y salir de tanto trabajo: yo tenia determinado de me defender del adulterio que Tesiandro me ponía, por poderme ir en paz con mi querida Florisea; pero, pues ella es muerta, yo no quiero vivir, y así no solamente confesaré el adulterio, pero diré y afirmaré, que como yo quisiese bien á Isea y ella á mí, y tuviese grandes celos de Florisea, diciendo que yo la queria y amaba mas que no á ella, que yo por sacalla desta duda la maté, por Isea así lo mandar.» Rosiano le aconsejaba que no hiciese tal, ni quisiese morir con infamia; pero él, como hombre desesperado, no quiso mudar su propósito, y así pasando algunos dias lo llevaron á juicio delante de los gobernadores para que lo sentenciasen.

CAPITULO XVIII.

En el cual se cuenta cómo Clareo confesó, y dijo él haber dado muerte á Florisea por mandado de Isea, y cómo después de algunas cosas lo sentenciaron á muerte.

Pareciendo Clareo en juicio, y puesta la acusacion por los abogados de Tesiandro, avisado y copiosamente contra Clareo y contra mí, que presente estaba, habiendo ellos acatado y habiéndose respondido en mi favor, y siendo mandado á Clareo que respondiese, él comenzó así á decir: «por cierto, todos los que han hablado en favor de Tesiandro y de Isea, otra cosa no han mas dicho que puras fábulas, pero de mí oíreis la verdad clara y verdaderamente. Habeis pues de saber, muy magníficos señores, que yo tenia una amiga natural de Bisanzo, el nombre de la cual era Florisea, con la cual yo aporté á la ciudad de Alejandria, adonde me fué robada de cosarios; y teniéndola por muerta, porque la habia visto descabezar delante de mis ojos, tomé amistad con Isea, y me vine con ella á esta vuestra ciudad, en la cual hallé á Florisea por esclava de un Amete, mayordomo de Tesiandro, marido de Isea, y que él sea cosario y haya tenido por esclava una doncella libre, á vosotros, muy magníficos señores, conviene juzgar. Ora finalmente, yo hallándola aquí quedé espantado; y sabido esto por Isea, teniendo grandes celos, me prometió y dió tanto, que yo consentí en su muerte; y así, dando cien ducados Isea á un compañero que fué conmigo, la matamos por complacer á Isea; pero después de habella muerto, comencé de llorar arrepintiéndome de lo que habia hecho, y del gran yerro cometido por mí; y ardiendo y pensando la amo y quiero aun muerta, y muero y moriré siempre por ella; y por esta causa digo y confieso la verdad.»

Acabadas estas razones, todos los que las oyeron quedaron espantados, y los jueces me preguntaron lo que sabia de aquello que contra mí ponían; yo respondí que era verdad todo lo que aquel decia, pero que de la muerte de Florisea yo no sabia ninguna cosa. La cual respuesta, como conformase con las palabras de Clareo, dió gran sospecha, de modo que mis letrados no sabian qué manera para poderme defender. En esto Rosiano, en altas voces comenzó á decir: «¡oh muy magníficos señores, de la ciudad de Efeso jueces y gobernadores, no queráis sin bien pensallo condenar á muerte á quien sin merecilla por sus propias manos tomarla quiere, tomando sobre sí el pecado de quien lo cometió, por salir de la vida que por cosa aborrecida tiene; y las causas y razones son las que agora brevemente diré. Este mancebo (como él mismo dice) quiso bien á esta doncella, que muerta dicen

ser, la cual trujo aquí aquel Amete, mayordomo de Tesiandro, por cativa, y lo que ha sido della no se sabe después que Isea la tomó en su casa, pero créese que este Amete sepa della y juntamente Tesiandro. Agora este mancebo que tanto la queria, viendo que ella es muerta, quiere también morir; así como él mismo por su boca ha confesado. Pero considerad, señores, como está en razon, que si este hubiese muerto á Florisea, que quisiese morir con ella; porque ¿dónde se halló que tan grande odio se convirtiese en amor tan presto? Por lo cual yo os pido y torno á suplicar, que no queráis mandar quitar la vida á este, que es mas digno de piedad que no de tormento. Considerad también cómo, si él amaba á Isea y por su causa habia consentido en la muerte de Florisea, ¿cómo agora la acusa y quiere que muera? Preguntadle que si mató ó vió matar á Florisea, que adónde está su cuerpo, y si lo dijere, condenadlo y tenedme á mí por hombre que favorezco la maldad. Preguntadle finalmente, cómo aborreciendo tanto á Florisea y queriendo que muriese, agora la ama y quiere morir por ella, cosa imposible á ser creída; y mas os digo, que á lo que está en razon, no solamente está mancebo no tiene culpa, pero menos la tiene Isea; porque no es de creer que habiéndola ella recibido en su casa (como yo soy testigo) con grande amor, y habiéndola librado de Amete, que ella la mandase matar, principalmente siendo venido su marido, por causa del cual Isea no podia ver mas á este mancebo. Y quiero mas: que sepais que este (si creerme quereis) me dijo, que por se vengar de Isea, pensando que ella hubiese mandado matar á Florisea, que habia de confesar y decir todo lo dicho; porque oyó á un hombre, que está en prision, que Isea habia dado cien ducados á uno porque matase á Florisea, al cual debéis de mandar examinar, y mandar llamar aquí á Amete y darle tormento; porque él sabe la verdad, á lo que yo creo, y juntamente Tesiandro. Pareció bien á los jueces lo que Rosiano decia, y mandaron buscar á Amete; pero temiendo Tesiandro lo que podia ser, lo habia hecho avisar, y así se habia ido, y no pareció mas. Pasado todo esto, los abogados de Tesiandro acusaron tan rigurosa y fuertemente á Clareo; que vista su confesion, en la cual habia confesado la muerte de Florisea, dieron por final sentencia que muriese; y que de mí, porque negaba, se hiciese otro juicio y examinase mas testigos, en el cual tiempo yo me retiré en casa de un mi cercano deudo, hasta ver aquellas cosas en qué paraban.

CAPITULO XIX.

En el cual se trata cómo queriendo los jueces dar la muerte á Clareo, y estando ya para ponerse por obra, Florisea vino, y de lo que con su venida pasó.

Dada pues la sentencia contra el sin ventura de Clareo, lo llevaron desnudo por las calles públicas, atado con duras sogas y con grandes pregones, en los cuales decian la causa de mandalle dar aquella triste muerte. Llegados pues con él á la plaza, en la cual era costumbre de justiciar á los malhechores, toparon un sacerdote coronado de laurel que iba á hacer sacrificio á la diosa Diana; y era uso en aquella mi tierra, que durante el sacrificio no se justificase ningún hombre, y así por guardar la ley hicieron detener allí en la plaza á Clareo, para que en acabando le diesen la pena ordenada, la cual era que le cortasen las manos y después la cabeza. En este tiempo que allí se detenian, en toda la tierra se hablaba deste caso, y muchos se dolian de Clareo por ser extranjero, y mancebo y gentil hombre. Y cuanto á mí ya no hay que hablar, porque no tenia ni ojos para llorar, ni lengua para hablar, ni fuerzas para suspirar, ni corazón para sentir. Estas nuevas, como se supiesen por toda la ciudad, se supieron también en aquella casa donde Florisea estaba; pero no que ella entendiese quien fuese aquel ni por quien dijese. Pero

como oyó nombrar á Isea no dejó de turbarse, y hallándose sola, porque Amete la habia dejado libre, quiso ir á ver qué seria aquello; y así como lo pensó, lo puso por obra, y fué derecha á la plaza, y llegó á tiempo que Clareo, desnudo y atadas las manos, estaba esperando que acabasen el sacrificio, y lo hiciesen dél.

Llegada pues Florisea, y viendo claramente que aquel era su querido y dulce Clareo, y que aquel era su marido, y que aquel era su primo hermano, quedó tan fuera de sí, y comenzó á dar tan grandes gritos y suspiros que á todos espantó, de suerte que volvieron los ojos en ella, que comenzaba á decir: «¡oh amado Clareo mio! el que te puso en tal estado no te debia de estimar, ni de querer como te quiere y estima esta tu sin ventura Florisea. No te solian así tratar los que te conocian, ni sé yo qué orden han tenido los hados en consentir tan gran mal; y di, amigo, ¿por qué te llevan así atado? ¿Qué has hecho para que merezcas así morir deshonoradamente? ¿Has saltado caminos? No por cierto. ¿Has sido cosario? Has forzado las vestales? Has deshonrado las doncellas? Has violado los templos? Has sido traidor á tu tierra, contrario á tu príncipe, falso á tu amigo, ingrato á tu señor? ó qué crimen has cometido? ¡Oh gentes! Si en vosotros hay alguna piedad; si en vosotras hay alguna compasion; si en vosotras hay algún dolor, doleos de mí y destas lágrimas, con las cuales enterneceria las piedras, y quebrantaria su natural rudeza, y haria inclinar los árboles, y detener las aguas y todas las cosas, que inhumanas y no piadosas gentes. Y ¿qué es la causa por que así quieren matar quien nunca mató? por qué quieren quitar la vida á quien no la quitó? por qué quieren hacer tan gran crueldad en quien es manso, benino y piadoso?»

A estos llantos llegó Rosiano, y dijo á grandes voces: «¡Ah señores jueces y gobernadores, que veis aquí á Florisea! Veis aquí por quien mandábades matar á este pobre mancebo; veis aquí la que decian ser muerta; veis aquí la que dirá la verdad. Guardad justicia, y no torzáis la razon; catad que aunque este sea extranjero, que os será demandado, porque su padre es el mas principal caballero de Bisanzo y mas valoroso, el mas noble, el mas rico, el mas querido, el que tiene mas deudos, y que podría ser que, sabida esta injusticia, os fuese demandado y pedido, y que en todas las cortes de los príncipes sonaria mal, y pareceria peor á todos aquellos que lo oyesen, y tan gran injusticia supiesen.» Oidas todas estas cosas por los que allí se hallaban presentes, fueron maravillados, y hubieron gran piedad de Clareo y de Florisea, y dijeron que aquello era justo que se examinase y se viesse mejor. Y así los jueces, siendo avisados de todo lo que pasaba, mandaron que tornasen á Clareo á la cárcel hasta ver lo que se debia de hacer. Y yo, sabiendo todas estas cosas, recibí gran contento.

Habiendo pues los jueces mandado volver á Clareo, mandaron venir delante de sí á Florisea, y preguntáronle que quien era, y que cómo se llamaba, y por qué hacia tan gran llanto, y que de dónde era, y que por qué favorecia aquel hombre, siendo habido por culpado y adulterio, y que dijese la verdad de todo, si no, que la mandarian poner á tormento. «No sé yo (dijo ella) adónde ó en qué lugar podria haber ese tormento; porque en verdad que pienso que en todo mi cuerpo no hallé aposento ni parte adonde quepa, segun los muchos y grandes que en mí han hecho asiento; pero cuanto á lo que decís quien soy, soy una sin ventura doncella, natural de Bisanzo; mis padres son nobles; mi ventura quiso que deste mancebo que tenéis preso (que es mi primo) con igual amor me enamorase, y con él me viniese á Alejandria, adonde un cosario me robó; y como vió que venian tras él, me hizo desnudar de todos mis vestidos, é hizo vestir dellos á una cativa que entre otras consigo llevaba, y delante de los que la seguian la mandó descabezar, porque la viesen, y pensando ser yo lo dejasen ir, como creo que así fué.

Después luego sucedió que con gran tormenta la nao se perdiere, y juntamente todos aquellos que venían en ella, y yo escapé con uno que se llamaba Amete, que según después he sabido es criado de Tesiandro, el mas mal hombre y el mayor traidor que creo que sea en todo el universo, y así lo es su mismo señor. Ora avino así, que, como después de los trabajos de la mar aportásemos á tierra, aquel malo y perverso hombre trabajó por me robar mi honra y forzar mi persona; y no pudiendo por mas que se trabajó, acordó de hacerse señor de mí, y tomarme por esclava, y trújome á esta tierra, adonde hallé mi marido, que decían ser casado con una noble señora que se llamaba Isea, mujer de Tesiandro, que muerto decían ser. La cual me recibió humana y piadosamente. Quanto á lo que decís que favorezco y quiero un culpado y adúltero, os digo y respondo, nobles señores, que estais mal informados; porque yo os juro por los dioses inmortales, que este mi marido no ha cometido mas yerro en esa parte que vosotros mismos. » Para lo cual les contó todo lo que conmigo le habia acontecido, y cómo yo, por pensar que ella era mágica, me le habia descubierto contándole mi pena, como atrás habemos dicho; y dijoles mas: las grandes fuerzas que Tesiandro le habia fecho y el mal tratamiento, afirmando todo con muchas lágrimas y grandes juramentos; y como en todo dijese la verdad, quiso Dios que fuese creída. Y así los jueces, viendo que lo que decia conformaba tanto con lo pasado, mandaron buscar á Tesiandro, pero no lo hallaron; lo cual fué causa que mejor se viese su culpa y gran maldad, por lo cual lo condenaron, y por culpado le mandaron confiscar y tomar toda la hacienda que á mí no perteneciese, porque me dieron por libre; y luego mandaron soltar á Clareo para que hiciese de sí todo aquello que mejor le estoviese; el cual acordó de se tornar en su tierra, y así con aquellos dineros lo puso por obra, y después de tantos trabajos aportó á Bisanzo alegre y prósperamente, y de sus padres (como yo después supe) fué bien recibido, los cuales habian tenido muy gran pena por su ausencia, y lo habian mandado buscar por diversas partes; y á la fin, no sabiendo ninguna nueva dél, vivian en gran tristeza, hasta que con su venida la perdieron, y se holgaron con él y lo casaron con Florisea, que no con menos amor y contento fué recibida, y todos alegres y contentos viven en su tierra y natural, sino yo, á quien fortuna, no harta de mis trabajos ni de mi contraria suerte, aflige, y de un trabajo en otro mayor lleva, alongándome de mi tierra, y trayéndome por las ajenas queriendo que siempre crezca mi mal, y que jamás sepa de ningún bien, sino para presto perdello, porque así mas peña y mas me queje pasando la vida que agora, generosas señoras, podreis oír. Porque después de partido Clareo, y quedando yo en aquella pena que los ausentes que no olvidan suelen sufrir, luego me comencé á entregar á la tristeza, como que la pasada no me hubiese bastado; y así me comencé á vestir de tristes vestidos, conformes con mi nueva pena, y mayor mal que jamás se vió; porque si humanamente se quisiese juzgar, claramente se podrá ver yo ser la mas sin ventura mujer que hasta agora se haya visto; y bien bastaria, si la fortuna se contentase con haberme seguido y puesto en el estado que estoy; pero soy cierta que otro mayor mal y mayor desventura me espera, y plega á Dios que no me engañe, y que salga falsa mi esperanza.

Tornando pues á la historia, partido Clareo de la manera que habemos contado, yo, viéndome sin él y sin marido y sin familia y sin honra y sin ningún descanso, parecióme dejar mi tierra y natural, y irme por ese mundo hasta ver en qué lugar la muerte querria acabar mi vida, y las duras parcas cortar los hilos de la triste tela, y la dura tierra querria recoger este mi cansado cuerpo, y así como lo pensé lo quise poner por obra; y venida la hora que para mi perdición yo quise buscar, con muchas

lágrimas me despedí de todas aquellas personas que bien me querian, principalmente de una mi hermana, la cual con demasiados sospiros me rogaba que de aquella tierra partirme no quisiese; pero yo, que determinada estaba de probar mi ventura, por ninguna cosa quise dejar mi comenzado camino, antes acordé de poner por obra aquello que determinado tenia, y despidiéndome muchas veces, como suelen hacer los que parten de donde bien los quieren, y principalmente no sabiendo adónde ni á qué parte mi ventura me habia de llevar, ni qué fin tendrian mis trabajos y continuas penas, teniendo siempre en mi memoria todas las cosas pasadas, y penando por los que presente veía, comencé mi camino.

CAPITULO XX.

Cómo partida Isea de la ciudad de Efeso aportó al reino de Egipto, y de lo que allí le aconteció.

Partida de la ciudad de Efeso acompañada con mis acostumbrados trabajos, parecióme de hacer mi camino por mar, y tomando conmigo dos doncellas, de las cuales en todas mis cosas me fiaba, hice fretar una nao con propósito de irme á vivir á la ciudad de Alejandria, y acabar mi vida en aquella tierra adonde habia comenzado mi mal. Y así, habiendo algunos dias que navegaba por la mar adelante, en compañía de otros pasajeros que hacian aquel mismo camino, un dia se levantó gran tormenta en la mar, de tal suerte que gran parte de los que iban en aquella nao se perdieron y ahogaron, y pluguiera á Dios que la mar fuera tan piadosa conmigo, que acabara yo mi vida en compañía de aquellos que allí murieron. Pero no tuve tanta dicha ni ventura; porque, quebrada la nao y muerta la mayor parte de aquellas personas que iban en ella, yo escapé en una tabla, habiendo perdido mis mujeres y gran parte del dinero que traía. Y así con aquesta fortuna aporté al reino de Egipto á un lugar que Pelusio se llamaba; y deteniéndome allí solos dos dias, me metí en una nao que camino de Alejandria iba. Pero habiendo tomado tierra en una ciudad de aquel mismo reino de Egipto, súbitamente que desembarcamos llegó un capitán con gran número de soldados, y echó mano de todos aquellos que venian en mi compañía, diciendo que eran cosarios que robaban por la mar, y prendióme juntamente á mí, por decir que venia con aquellos piratas; y atándome con gruesas cadenas me llevó presa á una dura y oscura prision. Yo hallándome presa y metida entre aquella bárbara y egipcia gente, con amargas lágrimas me quejaba, y con grandes sospiros decia:

« Oh fortuna, y grande debe de ser la injuria que de mí recibiste, pues no cansada de me haber puesto en los trabajos pasados, agora me has traído á tal estado, y á que me vea presa, y en compañía de gente que á ninguna piedad se mueve, porque con ella no aprovecharán palabras mas tristes de lo que fueron las de la reina Ecuba, ni mas dulces que el canto de las serenas! Oh mar, mar, y cuán mas cortés has sido siempre con todos de lo que fuiste conmigo, cuando por tí navegaba! Y di; mar, mar! y ¿qué te costaba haberme quitado la vida, así como la quitaste á aquellos que venian en mi compañía, y no traerme á esta dura y triste prision, en la cual las bodas que pensaba hacer con Clareo se verifican bien; porque la hermosa y linda cámara es aqueste oscuro lugar, y la blanda y rica cama es la dura y áspera tierra, las manillas y ajorcas son las ásperas y duras sogas, y los ricos collares las fuertes cadenas, y los deudos y amigos que vienen á honrar son los continos sospiros y cuidados que jamás me dejan, y las suaves músicas los dolorosos gritos y llantos? Y diciendo todas estas cosas, no podia ya llorar; porque en la gran adversidad es propio y natural en los ojos el secarse del todo, mas en la mediana fortuna fácilmente se puede esparcir gran copia de lágrimas, las cuales son los ruegos de los que padecen para con aque-

llos de quien se recibe algun daño. Pero en los afanes y grandes fortunas, las cuales pasan los límites, luego faltan y dejan de correr por los tristes ojos; porque es tan gran el dolor, que en la gran fortuna y gran trabajo se siente, que llegadas las lágrimas al puesto de los ojos no pueden pasar, y tórnanse al corazon, y desta manera me aconteció á mi metida en aquella prision.

Habiendo pues pasado aquella noche en aquellas amargas lamentaciones, venido el dia entraron en la prision muchos soldados con un capitán, y preguntando por mí, me hicieron traer delante del capitán que allí venia; y llegada delante dél, me dijo que supiese que el uso de aquella tierra era, que cuando alguna mujer se tomaba en compañía de algunos cosarios, que fuese sacrificada al dios Marte, y por tanto me aparejase para tal sacrificio. Yo respondí que ninguna cosa ya me podia dar placer ni contento, por ser todo para mí acabado; pero que si alguna daño podia, que era la muerte, y por tanto, que estaba aparejada para rebella; y habiendo animosamente desta manera hablado, así encadenada como estaba, me llevaron á un templo, en el cual estaba ya mucha gente esperando de ver aquel triste sacrificio; y siendo llegada, me desnudaron de todos mis vestidos, y estando ya el cruel verdugo (que para mí piadoso fuera) con los agudos cuchillos para me cortar la cabeza, la fama de aquella mi muerte se comenzó de estender por aquella ciudad, y vino á orejas de un valoroso y gran señor que allí vivía, el cual era benino, humano y muy piadoso, y asaz diferente de los moradores de aquella tierra, porque era extranjero y venido de lejos de aquellas partes, por causa de grandes trabajos en que la fortuna lo traía. Y como se sirviese de algunas personas muy nobles y bien inclinadas y de claros y gentiles ánimos, supo dellos esta mi desventura y trabajos; y como aquellos suyos lo informasen, también movióse á piedad, y en tanto que me leían la amarga sentencia, hubo tiempo para que hiciese hablar al príncipe, con el cual era gran parte, haciéndolo informar (porque así lo habia sabido primero) cómo yo era una mujer extranjera, y que no andaba en compañía de cosarios, sino que habiéndome perdido en la mar, me habia embarcado con ellos la vía de la ciudad de Alejandria. Oídas todas aquellas cosas por el príncipe, dichas de aquellos que tan bien y tan de buena tinta lo hicieron, me mandó soltar, y aquel gran señor, no contento con esto, me mandó delante su presencia por verme y ver á quién habia hecho tan gran beneficio, sin tener ninguna deuda ni obligación mas que su generoso ánimo inclinalló á ello, y la buena condición de los que lo servian.

Era aqueste gran señor, de quien aquí hablo, el mas illustre y mas grande en sus cosas, y de mejores y mayores propósitos que otro ninguno de cuantos se han visto; porque considerada su bondad, su grandeza, su ánimo, su liberalidad, yo soy cierta que ninguno le hizo ventaja ni menos igualó; y así no es menester traer ejemplo de ningún pasado ni presente, porque hacerse ninguna comparación seria ofendello; y si yo agora, como merece, loarlo quisiese, tarde ó nunca podria tornar al punto desta mi historia; porque sus bondades y grandezas son tantas, que ninguna riqueza de palabras bastaria para podellas loar; y quien lo quisiese hacer habria menester tener la péndola mas delgada, y el ingenio mas sutil, y el ánimo mas sosegado para que así lo pudiese hacer. Pero como en mí falten todas estas cosas, y las que son tan grandes no se pueden decir brevemente, lo mejor será callar, principalmente que no son menester palabras para loar á quien por sus obras de todos y entre todos tan conocido es, mas que rogar que nuestro Señor le quiera dar sosiego y reposo, porque en la verdad al presente le falta; pero de creer es que no dejará de tenello, pues tan justamente lo tiene merecido; y no dejará de aportar al seguro y descansado puerto de descanso, pues lo guían sus

virtudes, sus grandezas, sus bondades, sus limosnas, sus pensamientos, sus propósitos, su ánimo y buena intención. Las cuales cosas se saben en aquella parte de la cual sale el claro y rojo Apolo, y en aquella en la cual se pone, y en todas las mas. Y así su fama es y será, después de largos tiempos de vida, inmortal, y la mayor que jamás ha sido; y esto, entre tanto que los espíritus vitales en mí no faltaren, podré yo decir y pregonar. Porque andando así como digo peregrina, perdida, acosada y extranjera, y cercada de grandes fortunas, sin tener de mí mas noticia ni mas deuda ni obligación que aquella que á su gran valor tiene, me recogió en su casa y servicio, para que sirviese á unas sus hijas que tenia, haciéndome siempre señaladas y grandes mercedes, sufriendo mis tristezas, trabajos y descontentos, sin nunca por esta causa dejar de favorecerme y hacer buen tratamiento, teniendo él mismo grandes reveses de fortuna, sobresaltos y desasosiegos, en los cuales, como persona valerosa y de gran corazon, mostraba gran ánimo y sereno rostro: cosa de tan gran loor y saber que ninguna otra lo puede ser mas.

CAPITULO XXI.

En el cual Isea cuenta, que tomando amistad con dos señoras hermanas de aquella ciudad; la una de ellas se murió, y cómo acordando de se partir topó con el caballero Felesindos, que andaba en la demanda de Lucandra, y de las cosas que pasó con él.

Habiendo pues, como digo, algun tiempo que me hallaba en aquella ciudad, siendo criada de aquellas señoras, hijas de aquel gran señor que digo, y pasando mi vida en su casa, quiso mi ventura que oyese hablar de dos hermanas, señoras de un hermoso castillo, que veinte millas de aquella tierra estaba. Las cuales tenian fama de muy avisadas y sábias, y de tener todas aquellas buenas partes que á personas de valor pertenecen; y como yo fuese triste, y me dijese aquel castillo era de muy placer, tomando licencia, acordé de ir á ver aquellas dos señoras hermanas; y siendo llegada á su casa, fui dellas muy alegremente recibida, como personas que tenian por oficio holgarse con todos los que las iban á visitar. Y comenzándolas á tratar, tomé con ellas muy gran amor, y creció tanto, que nos queríamos y amábamos como si fuéramos muy cercanos deudos, y así trataba todas mis cosas con ellas como con propias hermanas, y las obras que dellas recibia eran todas de gran amor; de manera, que en parte con su conversacion se aliviaba mi pena y disminuía mi soledad, tratando siempre con ellas muchas cosas, con las cuales el ánimo se alegraba y el entendimiento se satisfacía. Y como yo fuese amiga de dulce soledad, muchas veces por me complacer nos saliamos por aquellos campos á holgar, adonde á la sombra de altos pinos y verdes encinas, junto á una clara fuente nos estábamos todo el dia, oyendo el dulce murmurar de aquella viva agua, y el viento que las verdes hojas de los árboles movía, y oliendo el suave olor del prado florido, y con esto nos alegrábamos, y recibíamos gran contento, estando leyendo, ó cantando, ó tañendo, ó haciendo otros honestos ejercicios. Y otras horas del dia nos íbamos á cazar por las selvas y montes de la diosa Diana; y en esta vida pasando algunos dias, quiso el miserable hado que la cruda muerte, con los agudos filos de su espada, arrebataadamente y sin tiempo quitase la vida á una de aquellas ninfas amigas mías, quedando con su partida muy mas oscura toda su casa, de lo que queda el mundo partido el sol, y entrando la oscura noche; y no solamente dió pena á sus padres, hermanos y deudos, pero dióla á muchos estraños y á toda la tierra, quedando atónita y espantada.

Yo viendo tan presto mudada aquella mi buena ventura, con razon me quejaba; y deshaciendo mis entrañas, bañaba con mis lágrimas todos los lugares en que me hallaba, desterrando con mi dolor el placer, el contento, el descanso, el reposo, el comer y el dormir; y si algunas veces

de trabajada me adormecía, luego en sueños se me representaba la imagen de la muerta niña, y hablaba con ella de la manera que dicen que Eneas habló con el troyano Héctor. Y porque este grave caso á quien mas tocó fué á una su hermana, á quien yo era y soy en gran deuda, con todas mis fuerzas procuraba de podella consolar; pero, siendo la pérdida tan grande, y estando yo de consuelo tan necesitado, en vano me trabajaba. Pero con todo, con grandes lágrimas le decía: « Bien sé que si alguna pérdida entre la gente puede entristecer un gentil y grande ánimo, que con razón será aquesta tuya, pues que te ves privada no solamente de tu hermana, pero de gran amiga y compañera, en la cual se reclinaban todas tus cosas, y con quien tanto siempre te alegrabas. Però los hados tristes, y la mezquina suerte no se contentan con un solo daño, y así no harta la envidiosa fortuna de otros muchos que te ha dado, quitándote muchos queridos y amados deudos, te quitó agora esta hermana acompañada de tantos bienes tuyos, y en quien tus gracias y virtudes resplandecían, mucho mas de lo que resplandecen los rayos del sol en el rico y hermoso oriente. »

Y acabando de decir estas palabras, tornaba sin orden, porque en las cosas de gran dolor no hay ninguna; y decía, pareciéndome que hablaba con aquella muerta niña: « Oh hermosa señora, y de mí tan querida! Y ¿ á quién no engañará la esperanza, viéndote caminar por tal camino, viendo tus tiernos años, viendo tu alegre rostro, viendo tu varonil cuerpo, y viendo tu demasiada gracia? Y ¿ quién con estas cosas no se prometiera gran seguridad de larga vida, y muchos tiempos y años? Pero quiso la amarga muerte por ejemplo puesto en tí desengañarnos, mostrándonos que también puede quebrar los claros ojos y mudar la gracia, ennegrecer la blancura y mudar la hermosura, enflaquecer las fuerzas y quitar al recio mozo la vida, porque toda moedad está debajo de su mando y bandera. Las cuales cosas aunque ella cuanto al arteficio de natura las mudase así, yo soy cierta, que no mudó ninguna cosa en tu ánima, porque está en aquella gloria y descanso que con tus claras obras acá ganaste. » Acabando de decir estas cosas, tornaba á hablar con la hermana de la defunta niña, que con ronco son de llanto sus dedos torcía, y con gran amor le suplicaba y pedía que cesase en el derramar de sus lágrimas, porque esto consolaría á quien el piadoso dolor tenía puesta en tal estado, que había bien menester consuelo; y que considerase que su hermana pisaba el blanco y cristalino cielo, haciendo camino con sus grandes virtudes á todos aquellos que por aquí le quedaban. Y dichas estas razones, volvía mis palabras á la muerta niña, y decía: « Oh bienaventurada tú, pues que con tanto sosiego y paz te gozas, apartada de los trabajos desta vida, en la cual tan tristes y desconsolados con tu partida á todos nos dejaste! Porque de mí te prometo, amiga querida mía, que entre tanto que el sol diere lumbre al mundo, y las estrellas estuvieren fijadas en el cielo, y los peces en la mar, que jamás me olvide de tí, ni deje de hacer llanto en mi ánimo, acordándome siempre de tus virtudes, gracia, noble y alegre condición. »

Muerta esta hermosa niña, yo acordé de partirme, porque mi deseo era irme en Alejandria, y aunque sintiese mas que la misma muerte el partirme de aquella casa y de aquellas señoras, de quien era criada, esforcéme á hacerello con harta pena de mi alma; y así, despidiéndome con muchas lágrimas de todos los de aquella casa, de la cual hasta el postrero punto de la vida tendré memoria y no seré ingrata, acordé de hacer mi camino por tierra, por andar tan cansada de la fastidiosa mar, y así lo puse por obra. Y habiendo andado por muchas tierras y diversos lugares, enfermado y adoleciendo en algunas partes, un día ya que el sol quería acabar su jornada, á la entrada de un gran campo vi que caminaba un caballero armado de unas armas negras, todas llenas de unas esferas, parte

dellas grandes, y parte pequeñas, las cuales eran esmaltadas en negro sobre oro. Iba en un hermoso caballo, también negro; acompañábanlo cuatro escuderos que las armas le llevaban; y como él fuese grande de cuerpo, parecía tan bien, que todos holgaron de vello; y á mí me pareció que caminaba hermosa y agraciadamente. Y como él llevase el mismo camino que yo llevaba, juntándome con él lo saludé muy cortesmente, y él con mucha crianza me volvió las saludes, y preguntó que para dónde caminaba. Yo le respondí que para la ciudad de Alejandria; y así comenzamos á caminar, y aquella noche alojamos juntamente en casa de un forastero, que nos hizo mucha honra y sirvió muy cumplidamente, dándonos muchas nuevas de las cosas de aquellos reinos, por donde caminábamos, como es uso en las posadas de los caminos.

CAPITULO XXII.

Cómo sabidos por Felesindos los trabajos de Isea, le contó gran parte de los suyos, y la demanda en que andaba por causa de la princesa Lucíandra.

Venida la mañana, ya que el sol esparcía sus hermosos y dorados rayos por la tierra, fuimos en pie, y despidiéndonos del huésped de aquella posada, comenzamos de hacer nuestro camino; y habiendo caminado gran parte del día, aquel caballero que Felesindos de Traspionda se llamaba, con quien yo, por lo ver tan cortés y bien criado, quise caminar yendo en su compañía, y viéndome en el hablar mostrar descontento, y que algunas veces sospiraba, me preguntó la causa de mi descontento, ofreciéndose de hacer por mí todo aquello que él pudiese. A lo cual yo respondí, que tenía tanta causa de ser triste y descontenta, que cuando él la supiese, que no solamente se maravillaría, pero con causa tendría de mi piedad; y así por le complacer, le conté todos mis trabajos y grandes fortunas, y después de en esto haber gastado algunos días, porque aquel ni otro no bastaron para podello hacer, Felesindos me respondió, que cierto que grande había sido mi fortuna; pero que si yo oyese sus trabajos que podría consolarme y dolerme del.

Y así, importunado de mí, comenzó á decir: « mi nombre, señora (como de mis escuderos habreis oído), es Felesindos; soy sobrino del emperador de Traspionda, hijo de un su hermano, que rey de Bohemia fué, el cual de pequeña edad murió; y así yo me he criado siempre en casa del emperador mi tío, siendo dél y de la emperatriz muy querido y amado, andando siempre en compañía de muchos caballeros de aquella corte, hijos de muy grandes príncipes y grandes señores, prencipalmente de Altayes de Francia, su hijo, caballero de gran valentía y esfuerzo; al cual, por haber nacido en una casa de deporte del emperador su padre, tal nombre pusieron; porque aquella casa donde Altayes nació, está al pié de una alta sierra que la Peña de Francia llaman. Viviendo, como digo, en aquella corte, quise mi ventura que yo me enamorase de Roselinda, una hermosa y noble dama, hija de un mayordomo del emperador, á la cual yo serví y quise muchos años. Andando pues el tiempo, y siendo de Roselinda querido y amado, hallándome un día en una huerta en compañía de muchos caballeros y damas, estando allí Roselinda entrelas, avino que Periandra, otra hermana suya, muy agraciada y cortesana, bailó aquel día conmigo, hablándome yo en aquella fiesta como á hermana de aquella á quien yo servía, no pensando que en esto descontentase á Roselinda. Pero no avino así, porque ella tomó tan grandes celos, que luego me comenzó á desamar, de la cual mudanza yo quedé espantado, y no sabiendo la causa, trabajé muchas veces por le poder hablar, pero jamás me quiso ver ni oír; y lo mas que pude saber fué, que me mandó decir por una su camarera que sirviese á Periandra, y que jamás pareciese delante della, y avisó aquella doncella que ninguna respuesta de mí oyese. Yo, quedando atónito y es-

pantado, y viendo la poca culpa que tenía, con razón me quejaba y recibía pena. Andando las cosas en los términos que, señora, os digo, Periandra me comenzó de amar y mostrar favor: yo viendo la gran sin razón de Roselinda y lo mucho que Periandra me quería, puse mi voluntad de servilla, y de dejar de querer á Roselinda; y así lo puse por obra, y en poco tiempo vine á ser querido, habiendo olvidado de todo á Roselinda. La cual recibió desto tan gran pasión y enojo, porque parece que en lo secreto me amaba, y crecieron tanto los celos en ella que determinó de vengarse; y acordó de meter en mal á Periandra con sus padres, diciéndoles los amores que conmigo tenía; y esto contándole la cosa diferentemente de lo que pasaba; porque los que quieren meter en mal, jamás cuentan la verdad, sino pintan como les parece y á ellos convienen. Así lo hizo Roselinda por vengarse de mí, habiendo ella sido la causa de yo habella dejado de querer. Pasando la cosa de la manera que digo, teniendo informado Roselinda á sus padres malamente, ellos mandaron á Periandra muy lejos de Traspionda; porque como yo fuese deudo del emperador, parecióles que no casaría con ella, y por tanto que lo mejor sería que la llevasen de aquella tierra. La cual partida á mí me dió muy gran pena, y duró por muchos días; pero como aquel amor no estuviese aun del todo señor de mí, don el tiempo me olvidé la pena; y esto por hallar otra que siempre dure, la cual creo que con la muerte acabará como todas acaban. Y fué así: que el emperador tuvo tres hijas, de las cuales la mayor casó con el príncipe Ariano, príncipe de Inglaterra, y la segunda con hijo del rey de Macedonia, porque Altayes, después de haber sido pastor muchos años en la insula Deleitosa, por amor de Narcisiana se casó con ella; y así le pareció de casar á la otra su hermana con el cuñado. Casadas estas dos hermanas, como tengo contado, quedó en casa del emperador su padre Lucíandra, que la menor de todas era, harto mas hermosa que las otras dos hermanas, y mas generosa y de mejor y de mas noble condición, y así por su causa y respeto la corte de su padre estaba puesta en gran altura y nombre, de modo, que no solamente se hallaban en ella grandes príncipes y señores naturales del reino, pero había extranjeros y de luengas partidas, con los cuales aquella gran corte lustraba y resplandecía. Quiso mi ventura que, hallándome yo de continuo en parte adonde siempre veía á Lucíandra, que un día vella y quedar del todo perdido fuese una misma cosa; porque otra manera no mereciera yo habella mirado ni visto; y así la comencé de amar y de querer, olvidada la razón, no teniendo ninguna para entonces saberme defender de aquella tan gran herida; porque estando descuidado un día en un sarao, acabando de haber bailado con la hermosa Lucíandra, amor descuidadamente me hirió, entregándose de mí de tal suerte, que los claros ojos de Lucíandra robaron mi libertad, y traspasaron mi alma y me ajenaron de mí sin quedarme ningún sentido. Y así recogido en mi posada, habiendo puesto mi pensamiento en tan alto lugar, me comencé á mudar de todo aquello que ser solía; pero con todo, alegre y contento por haberme tan bien empleado, y así comencé de hacerme lozano y gastar muy largo, ordenando siempre justas y torneos, y hallándome en todas las aventuras que venían á la corte y sucedían en aquel reino, como fué en aquella de la venganza de amor y en la batalla sin fin de los remedios suyos, y en los robos de la fortuna, y en otras cosas que pasaron en tiempo de Lucíandra. A la cual yo jamás osé descubrir mi pena, porque aunque mi gran amor me diese fuerzas, y mis altos pensamientos osadia, y mi pena procurase mi remedio, su grandeza enflaquecía mis fuerzas, y el solo habella mirado pagaba á mis pensamientos, y su honestidad negaba cualquier justo galardón que mis males mereciesen, quedando con esto tan pagado, que era mayor la gloria que con esto alcanzaba que la pena que padecía; y así, viendo amor y fortuna que yo con solo

ver á Lucíandra estaba contento y satisfecho, y que otra cosa no quería, quisieron quitarme aquel descanso y bien, para que siempre pensase y por tal pérdida continuamente sospirase. Contentándome yo, señora, como os dije, con solamente ver á Lucíandra, y viviendo con esto alegre y contento, siendo muy querido del emperador y de todos los príncipes de aquella corte y de todo el reino, y de otros muchos, porque yo trabajaba de contentar y satisfacer á todos, avino que Lucíandra desapareció de la corte sin saberse cómo ni de qué manera, ni quién la llevó, ni adónde está, ni hasta hoy ninguna nueva se sabe, porque muchos sonidos en su demanda, y niaguno no ha podido saber ninguna cosa della; y como á mí tocase tanto esta mudanza que la fortuna por hacerme daño quiso hacer, ha siete años que ando en esta demanda, pasando tan grandes trabajos que los de Ulises no fueron iguales, habiendo sido combatido de muchas y grandes desventuras, y habiendo estado preso dos años sin tener culpa ninguna, por causa que el sultán de Persia me quiso casar con una su sobrina, la cual por mi causa se mató; y yo por gran aventura me libré de aquella prison, sufriendo tan grandes afanes, que si agora los contase, bien podría comenzar, pero con gran pena podría acabar; y antes el sol podría tornar al lugar de donde hoy partió, que yo pusiese fin al contar mis grandes fortunas. Y así esta mi pérdida es la mayor que jamás se haya visto, porque si la muerte quitara la vida á Lucíandra, fuera pérdida grande, pero acontecida muchas veces; ó si el emperador la hubiera casado con algun príncipe, fuera lo mismo; ó si ella, sabiendo mis pensamientos, me mandara quitar la vida; pero no habiéndola perdido por ninguna causa destas, justamente me quejo; pero con todo, con grande ánimo me esfuerzo, y en mis adversidades consuelo, viviendo lo mas contento que puedo, porque en las grandes fortunas se han de mostrar los valerosos y grandes ánimos, porque en la próspera todos tienen ánimo y buen corazón, lo cual es mas menester para los tiempos de trabajo y adversa ventura, que para la próspera bonanza, sosiego y gran reposo. »

CAPITULO XXIII.

Cómo caminando Felesindos con Isea juntamente, toparon á la entrada de un valle, que de la Pena se llamaba, una doncella que los llevó á un castillo, y allí les contó las cosas de aquel valle y de la casa del Descanso, en la cual estaba Lucíandra.

Acabando Felesindos su razonamiento y diciendo la causa por qué iba á Alejandria y primero á Damasco, queriéndole yo responder á todas aquellas cosas que me había contado, vimos de lejos venir una muy hermosa doncella, que en un palafren blanco venía muy ricamente vestida. Con ella venían dos escuderos que la acompañaban, y llegando á nosotros nos saludó muy cortesmente, y preguntó si sabíamos qué camino llevábamos, porque aquel era camino de perdición. Felesindos le respondió: « señora doncella, ese tal camino conmigo lo llevo, y creo que esta mi compañera lo mismo, y así no había para qué buscar ese camino que nos decís.—No sé nada, dijo la doncella, pero yo os digo que este camino que vosotros lleváis va derecho al valle de la Pena, el cual nombre tiene por las grandes desventuras y trabajos que pasa y sufre quien camina por él, hasta aportar á la casa del Descanso; y porque la noche se viene y vos me pareceis la persona á quien muchos años ha que yo busco, os podéis ir conmigo, siendo dello contento, á un mi castillo, que cerca de aquí está, y allí os contaré las cosas de aqueste valle, y las que sé de vuestra hacienda, y lo que habéis de hacer para cobrar lo que tanto deseáis; y sabido todo, si os pareciere pasar por el valle, bien, y si no, hareis lo que mejor os estuviere. »

Felesindos quedó espantado de aquellas cosas que la doncella le había dicho, y con gran voluntad de sabellas aceptó la posada, y dando gracias por ella á la doncella, comenzamos de caminar la vía de aquel castillo, el cual